

**INSPECTORIA
DEL SAGRADO CORAZON
Quito-Ecuador**

Riobamba, 1º de marzo de 1966.



Queridos Hermanos:

Con el corazón apenado cumplo con el triste deber de comunicaros el fallecimiento de nuestro querido hermano en Congregación,

Rdo. P. Luis María Coba Ruiz

acaecido en la madrugada del 7 de febrero p. p. en la Clínica Pichincha de la Capital.

Tenía el Padre 62 años de edad, 29 de sacerdocio 39 de profesión religiosa.

Si bien es verdad que su estado de salud había empeorado, sobre todo en las últimas tres semanas, debido a la diabetes avanzada, enfermedad que el Padre Coba venía padeciendo desde muchos años atrás, nadie podía prever que su fin estuviera tan cercano. Viéndole últimamente muy decaído y para someterle a un tratamiento eficaz, por consejo de los médicos de esta ciudad, lo llevé a Quito, dejándole bien instalado en la mencionada clínica, bajo cuidado de buenos médicos, religiosas y enfermeras.

A los cuatro días de clínica todo hacía presagiar que el enfermo entraba en franca mejoría, según el parecer de todos los hermanos de las casas de la Capital, quienes lo visitaban frecuentemente, de sus familiares y del mismo personal de la Clínica; cuando inesperadamente, un infarto del miocardio puso fin a tantos años de sufrimientos y penalidades, soportados con verdadera resignación cristiana y religiosa.

Ante noticia tan inesperada corrí inmediatamente a Quito, con el Rdo. P. Gerardo Romero, Director de la Casa "Santos Angeles Custodios" y compañero del querido extinto, a fin de poder gestionar la traída de sus restos mortales, lo que afortunadamente había conseguido ya sin dificultad alguna el Rdo. P. Enrique Donini, ecónomo inspectorial. Sacado el cadáver de la Clínica, se lo depositó en una severa Capilla ardiente, levantada en el salón receptor de nuestro Instituto Superior de Filosofía y Pedagogía del Girón, donde fue constantemente visitado por los Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, alumnos y alumnas de las casas de la Capital.

A las cinco de la tarde se ofició una Misa solemne de cuerpo presente en la Capilla Parroquial del Girón, celebrada por el Rvdmo. P. Inspector, D. Humberto Solís y a la que asistió la familia salesiana de Quito. A las seis p. m. el cortejo fúnebre se ponía en marcha para esta ciudad.

No obstante la hora avanzada en que se llegó, las diez y media de la noche, y el tiempo lluvioso, un buen número de riobambeños, unidos a los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, esperaban a la puerta del Templo Salesiano de La Merced, la llegada del cortejo. El féretro fue depositado inmediatamente en el templo, sobre severo y artístico catafalco, para ser velado el resto de la noche y las primeras horas del día siguiente, pasando delante del mismo muchísima gente, pues apenas se divulgó la noticia de su muerte, se conmovió toda la ciudad, donde era tan querido y apreciado por todos, debido a sus méritos y a labor realizada, ya como profesor estimadísimo en el Colegio, ya como Rector del Templo, durante los 20 años de permanencia en esta Casa.

Los funerales fueron solemnísimos, oficiando el Rvdmo. Padre Humberto Solís Inspector de Quito. Estuvieron presentes el Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, Mons. Leonidas Proaño, quien dió la última absolución al túmulo, el Rvdmo. P. Aurelio Pischedda, Inspector de Cuenca y los RR. PP. Directores de Ibarra, Quito y Cuenca; varios sacerdotes diocesanos, delegaciones de varios colegios, el alumnado en pleno de los Colegios Salesianos de la ciudad y numeroso público que formó el acompañamiento fúnebre al cementerio, ocupando varias cuerdas. Precedía la banda de Guerra del Colegio Santo Tomás Apóstol en uniforme de parada y con crespones en sus instrumentos.

Los restos mortales fueron todo el trayecto en hombros del Profesorado externo del Colegio y de los alumnos del Sexto Curso. Una vez en el Camposanto el Rvdmo. P. Inspector hizo el elogio fúnebre del extinto, dándole en nombre de todos el último adiós y agradeciendo a la numerosísima concurrencia, que íntimamente había participado de nuestro dolor.

El Rdo. P. Coba había nacido en Cotacachi, Provincia de Imbabura, suelo fértil en vocaciones eclesiásticas y religiosas, el 19 de mayo de 1904. Fueron sus padres Don David Coba y Doña Leticia Ruiz, que vieron alegrado su cristiano hogar con ocho hijos, siendo Luis María el primogénito.

Pasó los primeros años en su pueblo natal, donde cursó la enseñanza elemental y ayudó a su padre en el pequeño negocio con que sostenía a su familia, hasta el año 1922. El 14 de octubre de este año entró por primer vez en el Colegio Don Bosco de Quito y un mes más tarde pasó a la casa de formación de Cuenca, donde frecuentó, como aspirante, los cursos de latinidad, al término de los cuales hizo su petición al Noviciado, al que ingresó el 22 de septiembre de 1926, haciéndolo bajo la dirección del Padre José Broll, cuyo recuerdo vive aún fresco entre nosotros.

Terminado el Noviciado con la primera profesión, pasó al Estudiantado del Girón para los cursos de Filosofía.

Riobamba, Quito y Guayaquil le vieron como asistente-profesor, lleno de actividad, de espíritu de iniciativa y siempre inflamado de amor a Don Bosco y a su vocación, en medio de las no pocas dificultades de esos tiempos verdaderamente heroicos.

Hecha la Profesión perpetua, comenzó sus estudios teológicos en 1932,

cursando los dos primeros años y parte del tercero en Quito, en el mismo Seminario Mayor Arquidiocesano del Ecuador y el resto en nuestra casa de Cuenca, donde recibió todas las órdenes sagradas hasta el sacerdocio, el 23 de mayo de 1937, de manos de Mons. Daniel Hermida, Obispo de Cuenca y gran amigo de los Salesianos. El suscrito, estudiante entonces de Filosofía en la misma casa, recuerda con placer la radiante alegría del P. Coba en ese día de cielo y más aún la profunda emoción del día siguiente, 24 de Mayo, en que pudo celebrar su primera Misa a los pies de María Auxiliadora en su célebre Santuario de Cuenca. El P. lloraba como un niño, por la emoción que embargaba su alma.

La ciudad de Guayaquil y específicamente el prestigioso Colegio "Cristóbal Colón" recibió las primicias de la labor sacerdotal y educacional del "Padre Cobita", como cariñosamente le llamábamos todos. Nueve años pasó ininterrumpidamente en ese Colegio como Consejero de la Sección Primaria y Profesor estimadísimo de Geografía e Historia Nacional en la Secundaria, asignaturas en las que llegó a ser una autoridad, al mismo tiempo que atendía a su sección y seguía con verdadero interés a los clérigos tirocinantes, amestrándoles en el Sistema Preventivo, en la manera de dictar clases y en la forma de educar para la vida, cosas en las que el Padre Coba era un verdadero maestro. De esta época datan numerosos cuadernos de Geografía e Historia con croquis, diagramas, resúmenes y programas de estas materias, completamente desarrollados en los que se ve la escrupulosidad del Padre en preparar sus lecciones.

Datan también de esta época una serie de discursos históricos para conmemorar las distintas fechas cívico-patrióticas que se celebran a lo largo del año escolar y en los que se ve, no sólo al competente profesor en esta disciplina, sino y sobre todo, al educador salesiano y sacerdote que sabe aprovechar de toda circunstancia para insinuarse en el ánimo de sus oyentes con hondas reflexiones y sacerdotales amonestaciones.

En 1946 pasó a este Colegio de Riobamba, donde por tres años fue Consejero de Secundaria y luego hasta su muerte, Rector del Templo Salesiano de La Merced. Como consejero siguió el mismo ritmo de trabajo que en Guayaquil y como Rector del Templo se entregó de lleno al trabajo espiritual de la dirección de las almas en el confesonario, en propagar la devoción a María Auxiliadora mediante su Archicofradía, en la que llegó a reunir el mejor elemento social riobambeño y en cuidar el decoro externo del Templo hasta dejarlo el mejor de la ciudad. Valiéndose de santas industrias llegó a reunir ingentes sumas para dotar al templo de un amplio y magno coro, un lujoso embaldosado, dos nuevos altares laterales, portón, ventanales con vidrios catedral, cortinajes, ornamentos, manteles, frontales, alfombras y hace apenas dos años, un nuevo y estupendo altar mayor en madera tallada, dedicado a la Auxiliadora, sobre renovado presbiterio que luce lujosa y brillante baldosa asfáltica. Y al renovar el presbiterio quedó renovada también la devota Capilla de las Animas que se halla debajo. Terminado este trabajo comienza en seguida a recolectar fondos para dorar el altar o dotar a la iglesia de un órgano electrónico, a juicio de los superiores, dejando ya para ello una cantidad nada despreciable.

Su celo por extender el culto y devoción a María Auxiliadora le llevó a los pueblos y parcialidades indígenas cercanos a la ciudad. Y es así cómo cada domingo del mes de mayo veíamos llegar grandes masas de indios

en romería trayendo y llevando en devota procesión, la imagen de la Virgen. Ni puedo callar tampoco la inmensa obra de apostolado llevada a cabo por el P. Coba en el Colegio María Auxiliadora del que fue capellán varios años, formando a las jóvenes con su predicación y dirección espiritual en el confesonario y fuera de él y cuidando todos los años de que las alumnas del Sexto Curso se inscribieran en la Archicofradía antes de terminar el mes de Mayo.

En los últimos años no pudiendo ya leer a causa de la enfermedad y de una progresiva catarata de la que no se le podía operar, consiguió la dispensa del rezo del Breviario; entonces se pasaba horas enteras con el rosario entre las manos en íntima unión con Dios y con la Virgen Santísima, de la que, por idéntica razón, rezaba todos los días la Santa Misa.

El 24 de Mayo de 1962 celebró con íntima satisfacción las Bodas de Plata Sacerdotales. Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, alumnos y alumnas, y las socias de la Archicofradía, rodearon el altar de su Misa jubilar. En la estampita de recuerdo puso el buen Padre estas palabras de S. Pablo: "Para mí la vida es Cristo y morir por él, una ganancia". "Bienaventurados los corazones que aman a María". Fueron éstos los amores del querido extinto y por los que tanto se sacrificó con tal de verlos prendidos en las almas a él confiadas.

Y para terminar, no puedo resistirme a copiar la oración que puso en la mencionada estampita:

"Oh Jesús, que por tu misericordia infinita, te has dignado hacerme partícipe de tu sacerdocio eterno, perdona las miserias del mío.

Concédeme la gracia de ser más fiel a mi vocación y santo ministerio. Bendice a todos los que me acompañaron en estos días de luz y de cosuelos. Haz que en todo busque mi santificación y el bien de las almas que me confíes. Dame un día los goces de tu beatífica visión".

Amadísimos hermanos: estoy más que seguro de que el Padre Coba estará ya gozando de esa beatífica visión. No obstante seámosle generosos con nuestros sufragios, ya que no conocemos los inescrutables desig-nios del Señor.

Al hacerlo por él, tened, os ruego, un recuerdo por los salesianos y alumnos de esta casa y por vuestro afectísimo hermano en Cristo

P. Pedro Calvo Bercedo

DIRECTOR
